

Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo

Autor: A. Ladrierre

La Biblia nos enseña muchas preciosas verdades relativas a Dios, su naturaleza, sus perfecciones y su ser. Pero eso no es todo lo que nos revela de él. Hay en Dios un misterio que no podemos sondear, porque escapa a la inteligencia humana más elevada.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	3
“Hay un solo Dios”	3
Tres Personas divinas en la Deidad.....	3
Dios el Padre	5
Dios el Hijo.....	7
Dios el Espíritu Santo.....	10

Introducción

La Biblia nos enseña muchas preciosas verdades relativas a Dios, su naturaleza, sus perfecciones y su ser. Pero eso no es todo lo que nos revela de él. Hay en Dios un misterio que no podemos sondear, porque escapa a la inteligencia humana más elevada.

“Hay un solo Dios”

Por doquier en las Santas Escrituras es proclamada la unidad de Dios en contraste con la pluralidad de las divinidades paganas. «Hay un solo Dios» era la gran verdad escrita en la bandera de Israel. “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”, dijo el Espíritu Santo por medio de Moisés; Dios recuerda esas palabras en Deuteronomio 6:4 (repetidas por Jesús mismo en Marcos 12:29). El Nuevo Testamento también afirma la unidad de Dios: “No hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4). “Porque hay un solo Dios” (1 Timoteo 2:5). Pero en la manifestación de Dios al hombre, como la encontramos en la Escritura, vemos que en esta unidad absoluta hay tres Personas distintas: el Padre, el Hijo o el Verbo (la Palabra) y el Espíritu Santo.

Tres Personas divinas en la Deidad

Estas tres Personas divinas aparecen al ser bautizado el Señor Jesús. El Hijo, hecho hombre, acude al bautismo que administra Juan y le dice: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”. Él es bautizado y, de pronto, los cielos le son abiertos, el Espíritu de Dios desciende como paloma y viene sobre él, y la voz del Padre se hace oír desde los cielos: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:13-17). El bautismo cristiano, conforme al orden establecido por el Señor después de su resurrección, se administra “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). En la bendición apostólica vemos reunidas las tres Personas divinas: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Corintios 13:14). Estas tres Personas adorables se unen en la dispensación de las bendiciones divinas a los fieles. Así, en el capítulo 14 de Juan, el Hijo conduce hacia el Padre: “Yo soy” –dice Jesús– “el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (v. 6). El Espíritu Santo, el Consolador, pone a los creyentes en comunión con el Padre y el Hijo. El Señor dijo: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad... el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre” (Juan 14:16, 26). Y también: “Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). Leemos además: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espí-

ritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Pedro 1:2). Varios otros pasajes nos mostrarían al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tres Personas distintas, concurriendo en la obra de la redención de los pecadores y de la bendición de los salvados.

De modo que, como se ha expresado, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; no son tres dioses, sino un solo Dios. Es este un misterio insondable que el hombre no puede explicar y que la fe debe recibir con toda sencillez como algo revelado por Dios. Ya lo encontramos en el primer versículo de la Biblia: “En el principio creó Elohim” o sea «los dioses creó»; el sujeto está en plural y el verbo en singular. Luego, en el versículo 26 de ese primer capítulo del Génesis, leemos: “**Hagamos** al hombre”; en el capítulo 3:22: “He aquí el hombre es como uno de nosotros”, en el capítulo 11:7: “Ahora, pues, **descendamos...**”. En el libro del profeta Isaías, el Señor dice: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” (Isaías 6:8). Estas palabras ¿no indican que varias personas celebran consejo entre ellas, piensan y obran juntas? También podemos ver en el capítulo 10 de la epístola a los Hebreos el consejo de Dios, su voluntad (v. 5-6), el Hijo que se presenta para cumplirla (v. 7) y el Espíritu Santo que da testimonio de ello (v. 15).

Independientemente de los pasajes que acabamos de ver y que nos dan a conocer la pluralidad de las Personas en la unidad de la esencia divina, la Escritura establece la divinidad de Cristo y del Espíritu Santo de manera clara y positiva. Ella les atribuye el nombre, las perfecciones y las obras de Dios. Digamos primeramente algunas palabras sobre Dios, revelado como Padre.

Dios el Padre

Él es el Padre en el sentido más elevado y excelente, como Padre de nuestro adorable Salvador, el Señor Jesucristo, su Hijo unigénito desde la eternidad (Juan 1:14, 18), el Hijo de su amor (Colosenses 1:13) y su Hijo amado como hombre en la tierra. A Jesús, sobre todo en el evangelio según Juan, le agrada presentar a Dios como el Padre, como su Padre. Llama al templo “la casa de mi Padre” (Juan 2:16). En cuanto a su obra, dice: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17); “mi Padre os da el verdadero pan del cielo” (cap. 6:32). También dice: “Esta es la voluntad de mi Padre” (cap. 6:40, V. M.) y “yo he guardado los mandamientos de mi Padre” (cap. 15:10). Hay aun muchos otros pasajes en los cuales se habla de Dios, el Padre del Señor Jesús. Así leemos: “El Padre ama al Hijo”, “por eso me ama el Padre” (Juan 3:35; 5:20; 10:17). El Hijo se gozaba de este amor del Padre por él.

Dios es el Padre en un sentido absoluto, como una Persona de la Trinidad. Pero Dios también es llamado Padre como dador de la existencia a todos los seres. Hay “un Dios y Padre de todos” dice el apóstol Pablo en Efesios 4:6. También es considerado como Padre de Israel, porque él eligió y formó ese pueblo para sí mismo (Deuteronomio 32:6; Isaías 63:16; 64:8).

Pero, en un sentido íntimo, Dios es el Padre de todos aquellos que creen en el Señor Jesucristo, de cada uno de ellos individualmente, los cuales juntos forman su familia. Es esta una preciosa relación en la cual el Señor introduce a sus discípulos después de su resurrección. María de Magdala, de la cual Jesús había echado siete demonios, recibe de su boca esta maravillosa revelación y es encargada de transmitirla a los discípulos:

“ Ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios (Juan 20:17).

De manera que el Padre del Señor Jesús viene a ser nuestro Padre cuando creemos en su Hijo amado, así como está escrito: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Así como Jesús es el amado Hijo del Padre, ellos son hijos de Dios, amados como Jesús fue amado (Efesios 5:1; Juan 17:23). Esta relación de hijo de Dios nunca puede ser rota, pues quienes la gozan son nacidos de Dios y tienen la vida eterna.

¿No es un maravilloso efecto del amor de Dios el hecho de que él nos salve y haga de nosotros –pecadores e hijos de ira– hijos de Dios? Por eso el apóstol Juan, al contemplar ese hecho digno de nuestra adoración, exclama: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:1-2). Podemos, pues, adorar a Dios como Padre (Juan 4:23) ¡Qué gracia!

Dios el Hijo

La Palabra de Dios establece, de manera clara y positiva, la divinidad del Hijo y la del Espíritu Santo.

En lo concerniente al Señor Jesús, está dicho: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1). Los versículos siguientes nos enseñan que el Verbo (o la Palabra) es el Hijo unigénito, Jesucristo (v. 14, 17-18). Jesús es llamado “Emanuel... Dios con nosotros” (Mateo 1:23). Su nombre significa Jehová Salvador. El ángel dijo a José: “Llamarás su nombre Jesús (forma griega del hebreo Joshua), porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Él es “Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5). Él es “Dios manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo” (Hebreos 1:8). También está escrito acerca del Hijo que él es “el resplandor de su gloria (la de Dios), y la imagen misma de su sustancia” (la de Dios); “la imagen del Dios invisible” (Hebreos 1:3; Colosenses 1:15). “En él” –dice también Pablo– “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). Además, el apóstol Juan nos dice de Cristo: “Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:20). El Señor, Jehová de los ejércitos, el Rey a quien vio Isaías, cuyos serafines proclaman la santidad y la gloria de Él, es el Señor Jesús, pues el Evangelio dice: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Isaías 6:1-7; Juan 12:41). Cuando él viene al mundo, es Jehová, es nuestro Dios el que viene (Isaías 40:3; comp. Juan 1:23; Lucas 3:4-6). Y cuando él vuelva, ello será “la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13).

Es importante recordar todos estos pasajes que dan al Señor Jesús el nombre de **Dios**, pues muchos hombres se lo niegan. Bastantes porciones de las Escrituras demuestran la divinidad y la existencia eterna e inmutable de Cristo al atribuirle los títulos que solo pertenecen a Dios. Así Jehová, al hablarle a Moisés, le había dado la revelación de su ser inmutable: “Yo soy el que soy”, y el Señor Jesús, al dirigirse a los judíos, les dice: “Antes que Abraham fuese, YO SOY” (Éxodo 3:14; Juan 8:58). Del mismo modo Jehová, el Rey de Israel y su Redentor, Jehová de los ejércitos, dice en Isaías:

“ Yo soy el primero, y yo soy el postrero; y fuera de mí no hay Dios
(Isaías 44:6).

Jesús, al presentarse a Juan en su gloria como el Anciano de días y al mismo tiempo como el Hijo de Dios, dice a su discípulo caído como muerto a sus pies: “No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo” (Apocalipsis 1:17). El Viviente, Aquel que tiene la vida en sí mismo y da la vida, es también un título dado a Jehová: “Pozo del Viviente-que-me-ve” (Génesis 16:14). “Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo” (Jeremías 10:10). Jesucristo es inmutable, nos dice el apóstol: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Pero la inmutabilidad solo le pertenece a Dios. Todo cambia y pasa, pero él sigue siendo lo que ha sido y lo que es. Y he aquí que, en esta misma epístola a los Hebreos, el Salmo 102 –el cual describe la inmutabilidad de Dios– es aplicado al Señor Jesús: “Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán” (cap. 1:10-12).

Tal es la divina grandeza de Jesús. En varios de los pasajes que hemos visto, él es revelado como Aquel que creó todas las cosas y que las sustenta con la palabra de su poder. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. “En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”; “el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Juan 1:3; Colosenses 1:16-17; Hebreos 1:3). ¿Quién tiene la atribución de crear sino el Todopoderoso? Y ¿de quién es la omnipotencia sino solo de Dios? Una criatura, cualquiera que sea, no puede producir nada. Cristo, pues, es Dios, ya que creó los mundos y es el Todopoderoso. Este es el título que adopta en el Apocalipsis:

“ Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso (Apocalipsis 1:8).

Y estas palabras se ajustan bien al Señor Jesús, pues él mismo, al final de este libro, dice: “He aquí yo vengo pronto... Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apocalipsis 22:12-13; 21:6). Notemos también que estas últimas expresiones suponen la existencia eterna del Señor. Él es Aquel que vive por los siglos de los siglos (Apocalipsis 1:17-18).

Esta misma omnipotencia divina es la que Cristo desplegaba cuando estaba en la tierra. Así como el primer día de la creación decía: “Sea la luz; y fue la luz”, de igual modo con una palabra ordenaba al viento y al mar que se calmaran: “Calla, enmudece... y se hizo grande bonanza” (Marcos 4:39). “Quiero, sé limpio” dijo al leproso, y este quedó limpio (Marcos 1:41-42). “Joven, a ti te digo, levántate”, o bien: “Ven fuera”, y a esta sola orden, poderosa, los muertos resucitaron (Lucas 7:14-15; Juan 11:43-44). Él tenía en sí mismo este poder divino, y por eso podía decir: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré...” (Él hablaba del templo de su cuerpo – Juan 2:19, 21), y por esta omnipotencia que solo pertenece a Dios, y que él posee, resucitará a justos e injustos: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:25-29).

Por ser Dios, él podía perdonar los pecados (Marcos 2:7-10); y porque él es Dios, pudo efectuar la salvación, pues Jehová dijo: “Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve” (Isaías 43:11). Y el apóstol Pedro proclama, al hablar de Jesús:

“ Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos (Hechos 4:12).

Este nombre glorioso es el de Jesús o Joshua, Jehová Salvador. Y es él, el Salvador todopoderoso, quien va a venir de los cielos y “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:21).

Retengamos con firmeza la enseñanza de la Palabra de Dios referente a la divinidad de nuestro adorable Salvador. “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió” (Juan 5:23). Y: “Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:26). Tomás dijo a Jesús: “¡SEÑOR MÍO, Y DIOS MÍO!” (Juan 20:28).

Dios el Espíritu Santo

Consideremos ahora la tercera Persona de la Trinidad. Con esta sola palabra (la Trinidad) se designa el misterio insondable de la existencia de tres Personas en la unidad de un solo Dios.

Varios pasajes de la Escritura nos muestran al Espíritu Santo como una Persona divina. Él es la energía todopoderosa que obra en cada acto creador. Así, cuando la tierra estaba desordenada y vacía, le vemos a Él moverse sobre la faz de las aguas (Génesis 1:2). Eliú dice a Job: “El Espíritu de Dios me hizo” (Job 33:4), y el salmista proclama: “Envías tu Espíritu, son creados” (Salmo 104:30). En la visión de los huesos secos revividos, Ezequiel profetiza diciendo: “Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán”; luego el Señor, Jehová, explica la visión. Esos huesos son el pueblo de Israel, ahora muerto, pero al cual el Espíritu de Dios despertará y reanimará: “Pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis” (Ezequiel 37:9, 14). El Espíritu de Dios obra el nuevo nacimiento, creando en el creyente una nueva naturaleza: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:5-8). El Espíritu de Jehová contendía con los hombres rebeldes en tiempos de Noé, y este Espíritu era también el Espíritu de Cristo (Génesis 6:3; 1 Pedro 3:18-20). El Espíritu de Jehová estaba en Moisés y Josué. Animaba a los hombres fuertes que liberarían a Israel. Él también estaba en los profetas para hacerles hablar o para mostrarles las visiones de Dios (Números 11:17-29; 27:18; Jueces 3:10; 11:29; 14:6; 2 Crónicas 20:14; Ezequiel 3:12, 14; 11:24; Miqueas 3:8; Hageo 2:5).

Estos pasajes del Antiguo Testamento nos hacen ver al Espíritu de Dios como una Persona operante; pero en el Nuevo Testamento aparece de una manera distinta, ejerciendo su acción sobre los hombres y en ellos. Vemos primeramente que forma en María el cuerpo del santo niño que debía nacer de ella:

“ El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios (Lucas 1:35).

Así como obraba en los profetas, el Espíritu Santo animaba también a los santos que esperaban al Mesías, como Elisabet, Zacarías, Simeón (Lucas 1:41-42, 67; 2:25-26). A continuación, como lo hemos visto, el Espíritu Santo desciende sobre Jesús durante su bautismo: “Descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma” (Lucas 3:22). Jesús, lleno del Espíritu Santo,

es conducido por él al desierto para ser tentado por el diablo (Lucas 4:1). Seguidamente, él comienza su ministerio “en el poder del Espíritu” (Lucas 4:14; Hechos 10:38). Todos estos pasajes nos muestran claramente al Espíritu Santo como una Persona que actúa y opera. También por medio del Espíritu Santo echaba Jesús los demonios (Mateo 12:28); por el Espíritu él fue resucitado (1 Pedro 3:18), y, después de su resurrección, por el Espíritu Santo dio sus órdenes a los apóstoles (Hechos 1:2).

Pero el Señor había prometido a sus discípulos enviarles el Consolador, el Espíritu de verdad, para que estuviera con ellos eternamente. El Espíritu Santo debía reemplazar, para ellos y junto a ellos, a Cristo, quien había subido al cielo. Era, pues, una Persona divina, pero no visible. El mundo había visto a Jesús, lo había oído, pero lo había odiado y rechazado. El Espíritu Santo, tan realmente una Persona como Cristo, no podía ser visto ni recibido por el mundo; debía estar con los discípulos y en ellos:

“ Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre
(Juan 14:16-17). ”

Así como el Padre había dado a Cristo, así daría el Espíritu Santo; está dicho que lo enviaría (Juan 14:26), y eso solo se puede decir de una Persona. El Señor mismo también dice que lo enviará, pero, como lo explica el apóstol Pedro, Cristo recibe de parte del Padre el Espíritu Santo prometido y lo envía a los suyos: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí”. “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”. “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Juan 15:26; 16:7; Hechos 2:32-33). Y lo que aún nos hace ver que el Espíritu Santo es por cierto una Persona, es que el Señor dijo que, cuando el Espíritu viniera, los enseñaría a sus discípulos y les recordaría las cosas que Jesús había dicho, los conduciría a la verdad, les anunciaría las cosas venideras (Juan 14:26; 16:13).

Sobre todo en los Hechos vemos cumplirse lo que Jesús había prometido a sus discípulos. Es allí donde aparece aun más distintamente el hecho de que el Espíritu Santo es una Persona divina y donde podemos contemplar su actividad. Desciende sobre los discípulos el día de Pentecostés “y fueron todos llenos del Espíritu Santo”. En seguida su presencia en ellos se manifiesta por medio de los milagros que hace, por los dones que confiere, por el aliento con que anima a esos

hombres anteriormente tan flojos y temerosos, por la santa vida que produce en aquellos que le reciben (Hechos 2:4; 3:6-7; 4:8; 2:43-47; 4:32-37). Allí también le es dado positivamente el título de Dios. Ananías miente al Espíritu Santo que estaba en los apóstoles y en la Asamblea, pero luego Pedro le dice:

“ No has mentido a los hombres, sino a Dios
(Hechos 5:3-4).

En la continuación del relato de los Hechos, el Espíritu Santo se muestra con entera evidencia como una Persona distinta que actúa, que envía, que conduce. Él dice en Antioquía: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”, y ellos entonces, “enviados por el Espíritu Santo”, partieron (Hechos 13:2, 4). Durante el segundo viaje de Pablo, él y sus compañeros querían anunciar la Palabra en Asia, pero ello les fue prohibido por el Espíritu Santo; pensaron entonces dirigirse a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió (Hechos 16:6-7). En estas diferentes ocasiones vemos al Espíritu Santo actuando como una Persona. Lo mismo ocurre en las epístolas, como, por ejemplo, en 1 Corintios 12:4, 11, donde vemos que es el Espíritu quien distribuye los dones de gracia como él quiere.

Habría aún muchas cosas que decir acerca del Espíritu Santo, de la obra de esta tercera Persona de la Trinidad en los creyentes y de su acción en los corazones. Pero limitémonos por el momento a meditar con detenimiento los pasajes citados y esta gran verdad que la Palabra de Dios nos enseña: el Espíritu Santo es realmente una Persona divina. Así como el Padre es Dios y el Hijo es Dios, también el Espíritu es Dios.